

BIBLIOTECA SELECTA

La varidosa Alicia



RAMÓN SOPENA

PROVENZA 93-97

Barcelona



12^e - 1 bis
54

Sp. 70-4 43



00040640

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

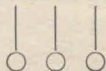
VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MÁS FOLCH

Barcelona 21 de septiembre de 1917.
IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



LA VANIDOSA ALICIA

29112



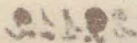
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97
1930



DERECHOS RESERVADOS



LA VANIDOSA ALICIA

I

—Ustedes, los joyeros, suelen estar enterados de muchas historias.

—De muchas, señora. Las alhajas representan dos cosas muy ocasionadas a lances de novela... o de drama; a saber: representan las alhajas el lujo y la codicia. Solamente es sencilla y noble la historia de una perla o de una esmeralda cuando se engarza en la corona de una virgen. Entonces su brillo parece divino.

La elegante y bella cliente no tenía prisa. Había salido «de compras», pero sin necesidad ni propósito de comprar nada. Su deseo era distraer la mañana, de una en otra tienda, viendo novedades y char-

lando con las amigas, igualmente desocupadas, que seguramente encontraría. Hay muchas damas elegantes que hacen eso, cayendo, sin querer, en los pecados de la holganza y de la murmuración.

En cuanto al joyero, tampoco tenía por qué impacientarse; vendía brillantes gruesos o perlas de gran valor que le dejaban buena ganancia y con un par de ventas al día quedaba contento. Por otra parte, siendo de alhajas tan caras su establecimiento, no entraba mucha gente en él, pues son pocos los que pueden satisfacer caprichos que cuestan millares de pesetas.

La joyería, toda de grandes vitrinas limpias y espléndidas, era como un recinto de hadas en el fondo de un lago transparente. En sus encierros claros, ricamente acostadas en terciopelo, las piedras preciosas centelleaban: los brillantes, cual un rocío maravilloso, los rubíes como salpicaduras de sangre, las esmeraldas como pedacitos de mar, y como flores de un amanecer, los topacios.

El joyero dijo:

—Si usted quiere, voy a enseñarle una joya cuya historia es bien triste.

La señora se sentó. El joyero trajo una bolsita de malla de seda y de ella sacó un estuche que contenía una sortija.

—Bien guardada está.

—Y seguirá así no sé cuánto tiempo ; no sé hasta cuándo.

El anillo sujetaba un brillante tan hermoso que parecía un lucerillo preso en las garras de oro ; la luz, al llegar a él, se multiplicaba en millares de destellos de todos los colores. El brillante descompone la luz, separa todos los colores que están comprendidos en un rayo que nosotros vemos blanco simplemente. Así en una cosa tan clara como la luz, hay infinitos tonos de belleza.

—Vea usted, señora—dijo el joyero—, una de esas alhajas de mala suerte, que parecen llevar consigo la desgracia. ¿ Quiere usted saber cómo vino a mis manos esta sortija y por qué no la venderé nunca ?...

II

He aquí lo que el joyero contó a la elegante y bella señora para entretener el tiempo, pues ninguno de los dos tenía otra cosa que hacer.

—De esto hace ya veinte años—dijo el joyero—. Todavía no eran blancos, como ahora, mis cabellos. Entonces yo tenía una casa de préstamos, una casa de empeño, como se las llama, negocio que dejé precisamente por no intervenir en historias tan tristes como la que voy a relatar.

Las joyas, que parecen partículas de alegría, signos de prosperidad, cristalillos de sol cuando se compran, se convierten en escarchado de lágrimas cuando el infortunio se las lleva...

Pues bien, señora, esta sortija que ve usted, perteneció a la señorita Alicia de Albornoz, la mujer más linda, de peor genio y la más despilfarradora que se puede imaginar.

Alicia era una de esas hijas únicas, muy



—Vea usted, señora—dijo el joyero—, una de esas alhajas de mala suerte... (Pág. 7.)

consentidas, que no conocen más ley que su capricho. En perifollos y frivolidades gastaba un dineral. El vestido que la entusiasmaba hoy, mañana era arrojado con el mayor desprecio al fondo del guardarropa para que se lo comiese la polilla. No se le ocurría a Alicia ni siquiera regalárselo a su doncella o a otra niña pobre, porque así era de desordenada y veleidosa como poco caritativa.

Una vez la señorita Alicia recibió de su modisto el equipo con que la habían de poner «de largo». Su habitación fué inundada de sedas, encajes y plumas en cuya fastuosidad pareció flotar, como una flor en espumas, la vanidad de la señorita Alicia.

Fué, alocada e impaciente, probándose trajes, sombreros y calzado que no se cuidaba de doblar y guardar de nuevo como hubiese hecho otra mejor acostumbrada; todo quedó revuelto: un zapato sobre el mármol del tocador; en el sofá, una falda; un abrigo y un sombrero sobre una butaca; por el suelo las cajas, los papeles... como si hubiesen desvalijado ladro-

nes la estancia. ¿No cree usted, señora, que los hábitos de orden son indispensables?

—¡Es claro!

—Alicia tenía para cada prenda un momento de placentera y pecaminosa delectación. El placer de parecerse hermosa a sí misma hacía desmerecer su hermosura. Está bien que las jóvenes pongan cuidado en sus atavíos; la elegancia, el buen gusto, la distinción, son cualidades que merecen toda alabanza. La sensibilidad de artista adorna muy bien el alma de la mujer, y el arte de bien vestir es, como sabe usted, un arte difícil que requiere ilustración y estudio. Nada hay más enojoso que una mujer bella que no sabe elegir sus tocados y galas. Pero es mucho más odiosa una presumida que pone en las ropas toda su atención.

Alicia se parecía a esos pájaros de pintado plumaje, muy majos de colorines, muy brillantes y muy graciosos, pero sin chispa de juicio ni fundamento.

Lo que principalmente despertó su vanidad fué un traje blanco con muchas so-

brefaldas, blondas y arambeles, recargado y pretencioso, que la modista exageró conociendo los gustos fanfarrones de su parroquiana. Las mejores modistas suelen confeccionar los adefesios más ridículos para las personas ridículas. Además, suele inventarse una moda especial, exagerada, llamativa, para cierta clase de niñas cursis y desenvueltas. De este defecto conviene huir como el diablo huye de la cruz.

Las botinas, que harían juego con aquel vestido tan fastuoso, eran también blancas, de ante, con mucho tacón y altas de caña : botinas de titiritera que Alicia juzgó ser sumamente *chic*. Al probárselas, se deleitaba curvando el pie, adelantándolo y haciendo graciosos mohines de complacencia. Este afán de recrearse en las cosas mundanas, le irá haciendo ver a usted cómo era Alicia, según le dije, casquivana y caprichosa.

—Sin duda, era una niña poco recomendable—dijo la señora.

—Se plantó—seguía el joyero su relato—el vestido blanco, aunque no tenía pa-



Las botinas, que harían juego con aquel vestido tan fastuoso... (Pág. 12.)

seo ni carreras de caballos en que lucirlo, puesto que ocurría lo que cuento de mañana, y lluviosa precisamente. Pero Alicia pensó que aquel atavío era propio para andar por casa...

El vicio de pericomponerse sin motivo suele desgraciar los lujos, y así pasó con aquel vestido blanco que no llegó a servir a Alicia para salir a la calle.

Figúrese usted que aquella mañana acudió a casa de Alicia la casera de una de las fincas de su padre. La pobre mujer, por obsequiar a la hija del amo, había escogido las mejores cerezas del huerto que, como presente, le traía.

Le pasaron de ello recado a nuestra vanidosa, que acudió en seguida con gran contento, pues Alicia, así como era atrabiliaria y extravagante en el vestir, era también rara y golosa en el comer.

La casera, después de las mil reverencias y rodeos que son propios de los humildes, ofreció a la señorita Alicia su obsequio.

—No tengo cosa mejor que traerle, mi ama. Son unas pocas cerezas, las prime-



...ofreció a la señorita Alicia su obsequio.
(Pág. 14.)

ras que Dios se ha servido madurar, rojas y dulces que da gusto.

Alicia celebró la hermosura de aquel fruto dando muestras de alegría, pero sin tener para la pobre mujer una palabra de gratitud, ni un cumplido siquiera.

Inmediatamente se sentó en un sofá, olvidando, no sólo que era blanco su traje, sino también el comedimiento y discretos modales obligados en una señorita, y púsose, sin más ni más, a comer cerezas.

La infeliz casera extremaba sus adulaciones.

¡Qué linda la señorita y qué bien le iba aquel traje con tanta puntilla y frunce! La señorita estaba como un merengue de blanca y de hueca...

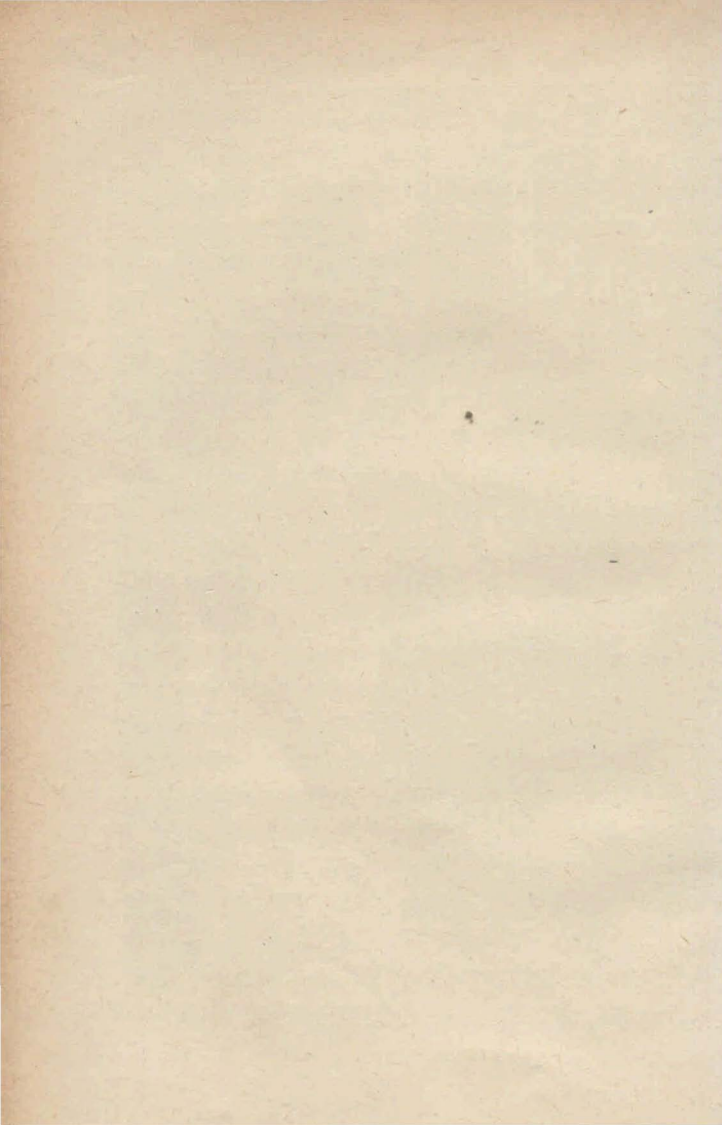
Además de ser cosa fea e imprudente colocar en el asiento de un sofá cosas de comer, la imprudencia pasa al grado de temeridad si se está vestida de blanco.

¡Pero, señor! ¡Para qué son las mesas, los manteles, los lavafrutas? Y sobre todo, ¡a qué comer cerezas a deshora?

Estas pequeñas faltas, se pagan caras cuando menos se piensa. Un vaso de agua



...se la veía por las calles mendigar. (Pág. 21.)



cuando se suda, después de un partido de *tennis*, puede costar una pulmonía; un cesto de cerezas a media mañana, puede causar un cólico. En materia de educación y buenas formas, nada carece de importancia, y lo que se creyera más insignificante, puede ser gravísimo...

A Alicia no le produjeron las cerezas un cólico, pero sí un gran disgusto. Ello fué al hundirse el asiento al peso de Alicia. La cesta se iba inclinando y las cerezas cayeron una a una entre el *reps* del sofá y las posaderas de nuestra descuidada golosa. Muy distraída ella en comer las sabrosas frutas y oír las lisonjas que la casera le decía; es decir: muy entregada a la vez a los pecados de la vanidad y de la gula, no reparó en lo que estaba sucediendo; y era que, a cada movimiento, estrujaba unas cuantas cerezas.

¡Lástima de traje blanco! La falda quedó inservible, con un lamparón enorme en la cadera. El zumo de las cerezas chorreaba y teñía de un rojo sucio la blanca seda...

Fueron para no oídos los gritos y de-

nuestos de Alicia. ¡Qué rabieta tomó! Lloraba, pateaba, se tiraba de los pelos.

La casera, en verdad, no era culpable de aquel desastre. Ella trajo el obsequio con la mejor intención, y harto hacía la infeliz con sentirlo, con temblar, pálida como una muerta...

Pero Alicia, injusta, irreflexiva, descargó su ira contra la pobre mujer. La insultó, la humilló y la arrojó sin piedad, sin oír sus excusas, ni aplacarse ante sus ruegos.

Como si la inocente mujer hubiese cometido un crimen, imploraba perdón.

Alicia no tuvo compasión de ella.

Y como Alicia era hija única, consentida, mimada y jamás contrariada, su padre, porque la señorita irritada lo dispuso, despidió a la desgraciada casera, quitándole así su pan y el de sus hijos.

—¡Qué infamia!

—Pues Alicia no le concedió importancia al caso. A Alicia nadie la reprendió nunca, nadie la castigó, nadie le había despertado la conciencia...



...El zumo de las cerezas chorreaba y teñía de un rojo sucio la blanca seda... (Pág. 17.)

III

—¿ Cree usted, señora, que tan duro castigo, por una falta que no existía, satisfizo el enojo de Alicia ?

—¿ Qué otro mal podía hacer mayor ?— preguntó la señora.

—No olvidar—seguía el joyero—. Alicia no olvidó que por causa de aquella labriega bondadosa, había ella estropeado su vestido blanco. Aborrecía a la desgraciada mujer.

Si Alicia llega a ser una de esas reinas absolutas de quienes se cuentan tantas atrocidades, seguramente hubiese mandado ahorcar a la hortelana.

La hortelana era una pobre viuda que, al ser despedida, quedó en la miseria. Primero fué defendiéndose con sus pequeños ahorros ; después vendiendo el modesto ajuar, y, últimamente, como no encontrara acomodo y sus recursos se agotaron, tuvo que pedir limosna.

Rota, harapienta, desgredada, con esa

cara amarilla y ese gesto espantoso de los que sufren hambre, se la veía por las calles mendigar. En sus brazos perneaba un niño escuálido que lloraba sin dejarlo. Los bracitos del pequeñuelo eran delgados y blanduchos ; sus pies, que colgaban inertes, parecían de cera, y su carita, agraciada por unos ojos muy grandes, redondos, infinitamente tristes y por un cabello grifo y sedoso, a los vahidos de la debilidad, descansaba en el pecho de la mísera mujer.

Alicia, con todas sus necesidades satisfechas, con todos sus gustos conseguidos, no podía comprender cuán grande es el dolor de las madres mendigas cuyos hijos desfallecen por no tener un pedazo de pan...

El corazón de Alicia no conocía el dulcísimo sentimiento de la caridad cristiana.

Y como parece que la Divina Providencia se complace en ofrecernos ocasiones de remediar los males que hacemos y de arrepentirnos, una noche aquella mendi-

ga fué puesta por Dios delante de su malhechora.

Pero Alicia no entendió aquel aviso de Dios.

Iba Alicia a su primer baile. Llevaba otro fastuoso vestido blanco, de gran precio, de flotantes tules en que se prendían flores ; en su peinado centelleaba una rica diadema de pedrería. Iba Alicia muy contenta : tan envanecida de su riqueza como de su hermosura. Se juzgaba de carne distinta a la de los demás mortales.

Al apearse del coche para entrar en el baile, se le acercó una mendiga harapienta que gemía al pedir, temblándole la voz, una limosna.

Un niño, muy pálido, que tiritaba de frío, mal envuelto en un pañuelo roto y raído, tendía también su manecilla implorando cinco céntimos para pan...

Alicia volvió la cabeza, y al reconocer a la hortelana, a quien tan injustamente odiaba, con implacable rencor, dió un respingo y ordenó al lacayo que apartara de su vista a la pordiosera cuyo aspecto le causaba repugnancia.



...ordenó al lacayo que apartara de su vista a la pordiosera... (Pág. 22.)

El lacayo, con esa brutalidad de ciertos servidores que participan de la inhumana condición de sus amos, asió de un brazo a la mujer y la apartó a empellones.

Y Alicia entró en el baile mientras gemía sin amparo, mordida por el hambre y con un hijo aterido en los brazos, aquella infeliz cuyo único delito consistía en haber obsequiado a un alma desagradecida y cruel.

IV.

La señora oía esta historia con gran interés.

A una señora que ha salido de casa sin más propósito que pasar el tiempo, la entretiene cualquier cosa.

—Pues ya que conoce usted a Alicia— continuó el joyero—, voy a decirle quién era Félix, su pareja. Cómo se conocieron, cómo se llegaron a casar Félix y Alicia, y cómo después vino la catástrofe, es digno

todo de relatarse al por menor si hubiera tiempo.

—Por ahora no tengo prisa—dijo la señora.

—En ese caso, sigo mi historia.

Félix era uno de esos hijos de un pueblo, uno de esos lugareños a quienes la ilusión de la riqueza y la vida de Madrid, con sus mil tentaciones, pierden cada día.

Félix nació en un lugarejo de Castilla. Sus padres, labradores «acomodados», cometieron la torpeza de enviar al chico a estudiar. Para los ricachos de aldea el ideal es tener un hijo «de carrera». Si a Félix no le hubiesen llenado la cabeza de humo, si le hubiesen dedicado al cuidado de sus tierras, hubiese sido Félix un honradote hacendado, un lugareño, sí; pero sencillo, buen cristiano y dichoso. Le enviaron a estudiar a la capital de provincia, y en ella dió con malas compañías y aprendió pronto a ser ambicioso y a tener vicios

Los libros... ¡quia! no le entraban en el estrecho y duro caletre. Pero se puso cuello planchado, se compró guantes... y

¡ hasta botines ! Lo que no aguzó su ingenio para aprobar el bachillerato, lo espoleó y aplicó el empeño de ser « un señorito ». Su afán, en vez de ser el afán de saber, que tanto ennoblece a los jóvenes, fué el de ser rico a toda costa y por cualquier medio. Este pensamiento lleva al deshonor la mayor parte de las veces y al presidio algunas.

Comprendía Félix que él, por su sesera dura, no llegaría jamás a rico siguiendo los nobles caminos del trabajo y de la ciencia, y en vista de ello, pensó lo que piensan muchos sinvergüenzas de su clase contra los cuales las señoritas discretas debieran vivir tan prevenidas como los banqueros contra los ladrones ; pensó en ser rico casándose con una rica. Así como los banqueros guardan en cajas de hierro sus caudales, debieran las jóvenes tener cerrado el corazón, para que no pudiesen llegar a él esta laya de rateros.

Félix, con este pensamiento de atrapar una dote, se lanzó a la aventura. ¡ Oh, bien dijo el poeta Manuel del Palacio, al decir :

*Si en ti, mujer, acumuló el Destino
honor y riquezas abundantes,
¿cómo impedir que, con disfraz de amantes,
te salgan los ladrones al camino?*

—¿Sabe usted—dijo la señora—que me gustan mucho esos cuatro versos?

—Dicen una gran verdad. Las jóvenes de buena posición debieran saberlos de memoria y recitarlos siempre que se les acercase un títere de la pinta de Félix.

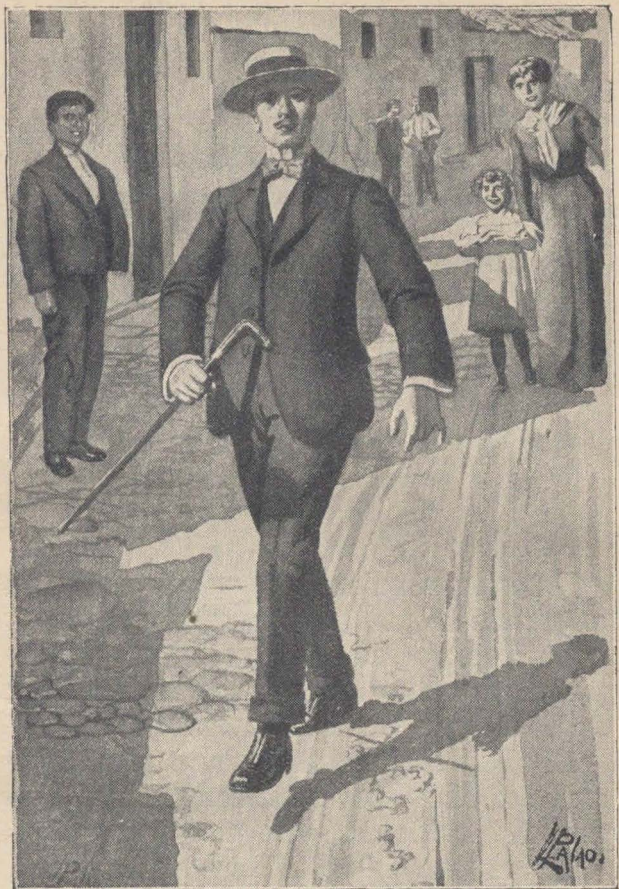
—Félix — seguía el joyero su narración—, en cuanto pudo disponer de su pequeño patrimonio, por fallecimiento de sus modestos y buenos padres, puso en venta las tierras de pan llevar y la casa. En aquellas tierras dejó, por espacio de muchos años, su padre el sudor de su frente. En cuanto a la casa, fué la de sus abuelos. Cuando un joven deja de amar y respetar la casa que fué de sus abuelos, de sus padres y en la que él nació, es que ese joven ha perdido el sentido moral. Se ama primero la casa, después el pueblo, después la región y después la patria. Así el amor va creciendo y el amor a la pa-

tria, que es el más grande, empieza en el amor al hogar.

El que vende, sin necesidad, la casa de sus padres, parece que vende también su santa memoria.

Ninguna consideración merecieron a Félix el hogar y los recuerdos de familia. Ni siquiera cuidó de conservar el lecho de su madre. ¡Bah! ¡Qué le importaba a él? El iba a una vida nueva: a la conquista de la riqueza y del lujo, a la gran vida...

Y una mañana Félix abandonó su pueblo. Iba como para matarlo con su primer traje «de señorito», que parecía que se lo hubiesen cosido después de puesto. Todo le estiraba y le apretaba: no podía juntar los brazos al cuerpo; el cuello planchado le segaba la garganta, en donde pronto le brotaron granillos; las botas de charol le oprimían dolorosamente los pies... Sin embargo, iba garbeando muy fachendoso y telendo con su ropa nueva que olía a treinta leguas a sastre de pueblo, con su gran corbata de lazo semejante a la de un



Los vecinos del lugarejo le vieron marchar
entre dolidos y burlones. (Pág. 30.)

clown, y hasta .. ¡ con un buen bastón de puño de plata !...

Los vecinos del lugarejo le vieron marchar entre dolidos y burlones.

— ¡ Adónde irá Félix, tan majo ? — se decían unos a otros.

— ¡ Sí que va *curro* !

— Parece un maniquí de bazar de ropas hechas...

V

Estos muchachos lugareños que llegan a Madrid a caza de gangas, se atreven a todo. Nuestro gran Félix, apenas puso los pies en la villa y corte, se dedicó a pasear su figura y a «conquistar»...

El oficio de «conquistador», además de ser oficio de malas personas, es manía de majaderos. La señorita que se encapricha por uno de estos «conquistadores», por regla general es una idiota.

Ya tenemos a nuestro gran don Félix

en batalla. Aprendió, lo primero, unas cuantas cursilerías del amor.

¡ Oh, el amor ! ¡ Cuántas estupideces se dicen y se escriben a cuenta del amor ! La conjugación del verbo amar es una de las cosas más ridículas que han podido inventar los hombres.

Para que juzgue usted, señora, a qué extremos de payasería conduce eso del « amor », voy a referirle el primer lance de amor de nuestro gran don Félix.

Nuestro gran don Félix pensó que le convendría, para sus cálculos, una señora viuda, de gran fortuna y gran belleza, a quien viera en el paseo de coches. Inmediatamente empezó a seguirla y hacerle guiños y piruetas y a guardarle la casa paseándose de esquina a esquina como un vigilante.

A la buena señora le hubo de chocar el mequetrefe, creyendo que sería algún aspirante al puesto de *chauffeur*, que en su casa estaba vacante, y por esta razón reparó en Félix, mirándole alguna vez. ¡ Nunca lo hubiera hecho ! Félix pensó :

«¡ La he flechado !», y sin más preámbulos le envió una tarjeta, así :

«Félix Ontígola... solicita de usted una audiencia.»

Amable y condescendiente, lo recibió la señora.

—Pase usted. ¿Qué desea ?

Claro es que no le mandó sentarse, ni se sentó ella, ni pasaron del recibimiento. Félix, que llevaba aquel traje hecho en el pueblo, tan tirante y chavacano, quedó algo confuso ; no sabía romper a hablar.

La señora, juzgando que su azoramiento era por timidez de pedir una colocación, le decía sonriendo :

—No tenga reparo. Veré de complacerle, joven. Dígame qué desea.

¡ Aquí fué Troya !... Félix se llevó primero las manos al corazón, después puso los ojos en blanco, luego suspiró, y, finalmente, cayendo de rodillas, empezó a tartamudear :

— ¡ Oh herrrrmosa crriatura...a...a..., quieerubín, a...a...a...altísima princesa !...

La señora, creyendo que se trataba de



—Es preciso, señor joyero, que yo le haga una dolorosa confesión. (Pág. 34.)



un pobre loco o de un desvalido, se compadeció :

—Serérese, joven. No tema. Yo sé oír todas las desdichas.

El muy fatuo interpretó estas buenas razones en sentido muy otro del que tenían, y entonándose, ahuecando la voz a estilo de los cómicos malos, y bizcando los ojos como si le hubiesen pisado un callo, exclamó :

—¡ Yo...o...o... te a...a...amo !

Figúrese usted la sorpresa de la amable señora que se había dignado recibirle. No se trataba de un mentecato simplemente : se trataba de un sinvergüenza y, además, de un cursi.

Como la señora era persona bien educada, ni se enojó visiblemente ni rompió a reír, cosas ambas que la exquisita cortesía prohíbe. Sencillamente dijo a Félix :

—Joven : por ahí se va a la calle...

Y hubo en sus palabras tanto imperio, tanta dignidad y tan elegante reprimenda, que el bueno de Félix salió de aquella casa más corrido, como suele decirse, que una mona.

VI

En esta parte de su relato iba el joyero, cuando entró en el lujoso establecimiento un simpático joven, como de unos diez y nueve años, que traía en la mano un pequeño envoltorio de papeles.

A un dependiente, que se le ofreció, le dijo :

—Deseo hablar con el principal.

El principal tuvo que atenderle, con permiso de la elegante parroquiana, que esperó por oír el final de la historia de Félix y de Alicia.

El joven se llevó al joyero aparte, al otro extremo de la tienda, y le habló así :

—Es preciso, señor joyero, que yo le haga una dolorosa confesión. Bien quisiera callarme lo que voy a decirle, pero es forzoso que usted lo sepa todo, si ha de cumplir el encargo que vengo a encomendarle.

El joyero contestó :

—Hable usted con entera libertad.



Sencillamente dijo a Félix:
—Joven: por ahí se va a la calle... (Pág. 33.)

—¿No tengo otro remedio?

—Pues ¡hala!... a confesarme lo que sea...

—Es el caso, señor joyero, que yo soy hijo de una rica familia y que mis padres me conceden más libertad de la que merezco y dejan a mi disposición más dinero del que necesito. De ello resulta que, aunque no me tengo por mala persona, sin darme cuenta de ello, me he ido enviciando. Para no andar con rodeos: frecuento lugares donde se juega.

—¡Tan joven!...

—Sí, señor. Me causa decirlo una profunda contrariedad y vergüenza.

—Más le debía causar hacerlo. Bien, adelante.

—En uno de esos lugares conocí a otro individuo, tan joven como yo, y, a juzgar por sus modales, como yo perteneciente a una clase distinguida. No sé cómo se llama ni le he vuelto a ver desde la ocasión que diré más adelante. A este joven le gané, en el juego, hace unas semanas, una considerable cantidad sobre su palabra. Quedó adeudándomela, y como sabe us-

ted que a las deudas del juego se las llama «deudas de honor», aunque son, en verdad, las más deshonorosas, y que es preciso pagarlas dentro de las venticuatro horas de contraídas, el joven de que se trata quedó, después de perder, pálido como la cera.

Yo no tuve, ante su angustia, un rasgo generoso : no le perdoné la deuda. El juego envilece y mata en las almas los sentimientos nobles. No le perdoné la deuda, no le dije nada, y él, después de meditar unos momentos, me habló de este modo :

—Mañana, en el bosque de la Casa de Campo, junto a un roble que hallará usted a cien pasos de la fuente de los tritones, espéreme a las seis de la tarde. Allí iré a pagarle.

Al día siguiente acudí puntual a la cita. Mi deudor no tardó en presentarse. Es un chico atrayente, de mirada leal e irreprochable comportamiento. Traía, bajo su americana, un estuche. Al llegar junto a mí, me dijo :

—Me es imposible pagar a usted en di-

nero, pero le traigo una cosa que vale mucho más de la cantidad debida.

Y abriendo el estuche, me lo entregó.

Un soberbio collar de perlas brilló a la luz de la tarde. La puesta de sol anaranjada puso en las bellas piedras una especie de luminoso rubor.

Comprendí que, en efecto, la joya valía más de lo que el joven me adeudaba, y la acepté en pago. Mi deudor, apenas la puso en mis manos, huyó a escape. Desde entonces, y de esto hará unos quince días, tengo en mi poder este soberbio collar que se ha enroscado a mi conciencia como se enrosca el grillete a la pierna del presidiario.

A partir de mis malas acciones, señor joyero, mi vida es una continua zozobra intolerable.

En primer lugar, yo cometí el delito de jugar; y después el más horrendo de estafar. La joya vale, sin duda, mucho; acaso cien veces más de lo que gané a quien me la diera. Soy, pues, un verdadero ladrón.

Por otra parte: ¿cómo habría adquiri-



Un soberbio collar de perlas brilló a la luz de la tarde. (Pág. 38.)

do mi deudor el collar de perlas? ¿No sería robado?

La conciencia me grita a cada instante que estoy en pecado mortal; que estoy perdido; que estoy deshonorado.

No puedo dormir porque el gusano del remordimiento me roe el corazón durante las noches interminables.

No tengo calma ni reposo. ¡Sufro horriblemente!

Si yo conociera al joven que fué mi víctima, le buscaría y le restituiría el collar. Pero ya le he dicho que no lo he vuelto a ver; que ignoro su nombre. Acaso él huye de mí, avergonzado de su acción; acaso teme que sea descubierto su robo... ¡Es tremenda mi responsabilidad! Yo le puse en trance de caer en el crimen de robar. ¡Oh, si no descargo mi alma de este peso, creo que moriré de su pesadumbre!...

Huyendo de todos, porque me parece que van a leerme en la frente, en los ojos, mi culpa, suelo salir al campo a caballo. Doy largos paseos y a veces pongo mi potro al galope como si pudiese así escapar

de la idea fija, del espectro, del fantasma de mi pecado que me sigue, negro como mi sombra...

Nada me alivia. Una sed insaciable seca mis labios y acorcha mi lengua. Bebo agua en todas las fuentes, y el agua, tan clara, tan limpia, tan hermosa, me causa horror...

¡ Porque me veo retratado en sus cristales y me veo con cara de criminal!

¡ Querrá usted creer que las gotas de agua me parecen las perlas del collar tan ilegítimamente poseído por mí?

El joven se demudaba haciendo estas tristes revelaciones; se arrasaban sus ojos y balbucía. El joyero, enternecido al verle padecer, le dijo:

—Acabe, amigo mío, y veamos si el mal tiene remedio. Veamos si puedo ayudarle.

—¡ Bien lo necesito! He expiado ya mi mala conducta. Por todas partes y en todos los momentos me quema, como una llama que ardiese dentro de mí, esta cruel acusación de mi propia conciencia inexorable.

Tengo miedo de todo. En la noche veo fantasmas tremebundos que me piden cuentas de mi felonía.

Si logro, rendido, conciliar el sueño...
¡sueño!

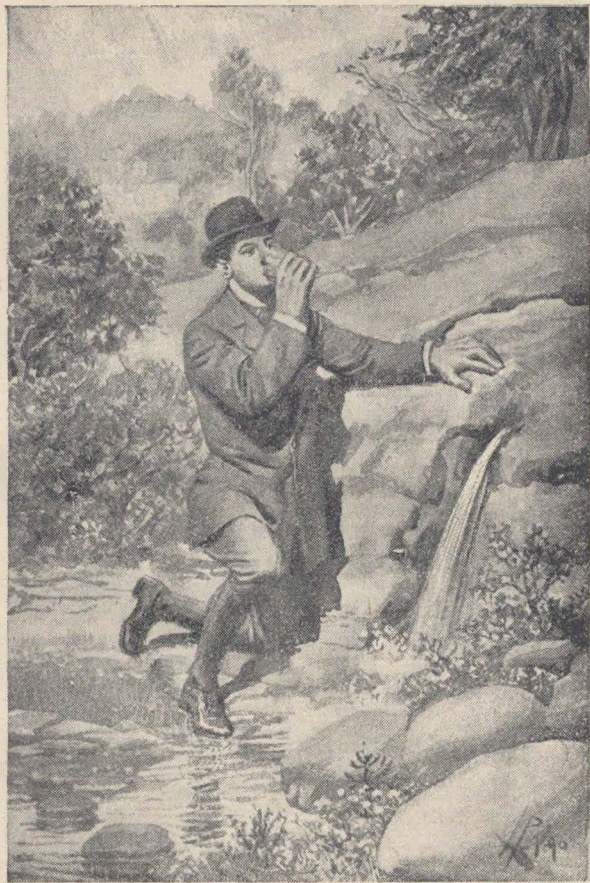
Sueño que tengo en mi cuello el collar; que el collar se ciñe, se aprieta; que ya no es collar, que es una soga; que es ¡horror, Dios mío!... ¡que es el anillo de hierro del verdugo que me agarrota, que me ahorca!...

Lloraba el joven. La señora, desde el otro extremo de la joyería, seguía con interés esta escena, pero sin oír las palabras, sin ver ni entender más que los ademanes de aquel muchacho lívido, tembloroso, que, al fin, se anegaba en lágrimas.

El infeliz, continuó:

—Ayer, por escapar de las gentes, como vengo haciendo desde que mis culpas me acobardan, salí de caza. Es decir: me colgué al hombro la escopeta y busqué la soledad del campo.

Anduve, anduve, anduve sin darme cuenta de que me alejaba mucho. ¡Siento un incesante deseo de andar, andar!...



Bebo agua en todas las fuentes... (Pág. 41.)

Tampoco me di cuenta de que el cielo se iba emborronando, de que venían, crecían, se espesaban nubes enormes de color de plomo. Cuando reparé en ello, fué porque las primeras gotas, grandes y sonoras, me dieron en el rostro y en las manos.

¡ No hay nada tan terrible para las almas en estado de culpa, como una tempestad !

No en vano muchos poetas han visto en el rayo la justiciera espada de la ira de Dios.

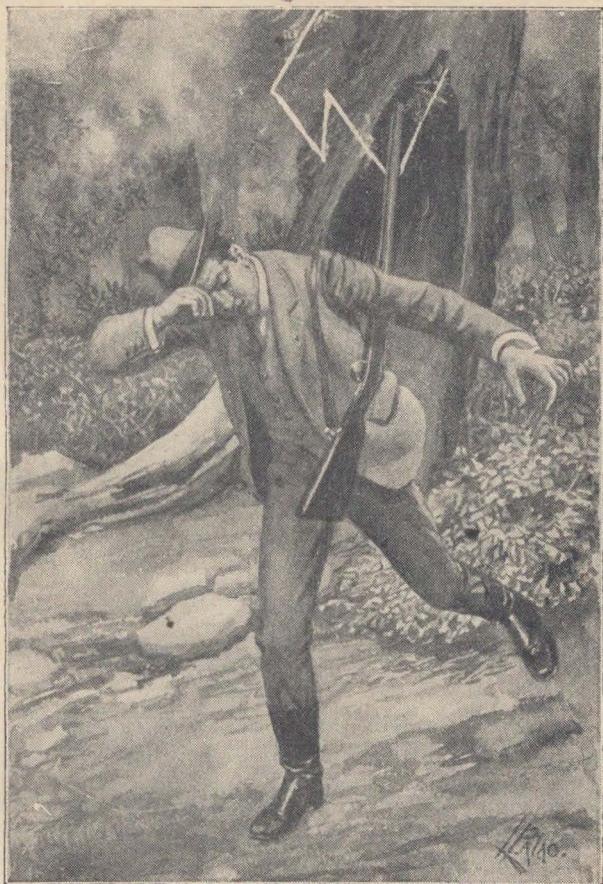
De mí sé decirle que temblé, que grité, que corrí horripilado. ¡ Ah, ah ! ¡ Los truenos parecían decirme con su voz tremenda :

« ¡ Ladrón ! ¡ Ladro...ón... ! »

Una centella segadora desgajó un árbol cerca de mí. ¡ Creí morir de espanto !

— Es necesario que tenga usted el valor de concluir su relato — le dijo el joyero, viéndole tan acongojado.

— Ya poco me falta. Al volver a mi casa, me encerré en mi habitación y abrí el



Una centella segadora desgajó un árbol cerca de mí. (Pág. 44.)

estuche que contiene el collar. Una idea salvadora me iluminaba.

Miré el interior del estuche y hallé en letras doradas impreso el nombre de usted y las señas de esta joyería. El collar, pues, procede de este establecimiento. Como es, si no me equivoco, objeto de gran valor, usted acaso recuerde, o tendrá en sus libros anotado, el nombre de la persona a quien se lo vendió.

Si esto fuera así, yo le entregaría a usted este objeto de lujo, que para mí es instrumento de tortura, y usted se lo devolvería a su legítimo dueño sin decirle jamás por qué conducto ha llegado a sus manos.

Y dicho esto, el joven desenvolvió el bulto de papeles que en la mano traía, y entregó al joyero un estuche.

El joyero lo abrió y lo cerró bruscamente, mirando, con mal disimulado sobresalto, a la señora que le esperaba en otro ángulo del salón.

—¡ Oooh! — profirió el joyero.

—¿ Qué? ¿ Conoce usted esas perlas?

—¡ Ya lo creo! Son las más gruesas, las

de mejor oriente, las más valiosas que han salido de mi tienda hace tiempo. Sé a quién se las vendí y esté usted seguro de que las devolveré.

Y después de reflexionar unos momentos, añadió el joyero :

—Pero dígame cuánto es lo que le quedó debiendo el infortunado jugador. La persona dueña de este collar querrá pagar esa deuda... «de honor»...

—¡ De ninguna manera !

Y sin esperar más, el joven salió de la joyería precipitadamente.

VII

El joyero ocultó aquel collar y volvió junto a la señora.

—¡ Qué le pasaba a ese joven ? Me ha parecido que lloraba.

—Nada, señora—contestó el joyero con buen fin, como verá quien leyere—. Le pasaba que ha roto el engarce de un collar

y teme ser castigado por su madre. Yo se lo compondré y en paz.

Y queriendo el joyero distraer a la señora de aquel asunto, añadió :

—Sin duda, le iba interesando a usted la historia de Alicia y de Félix y ha esperado para que la continúe.

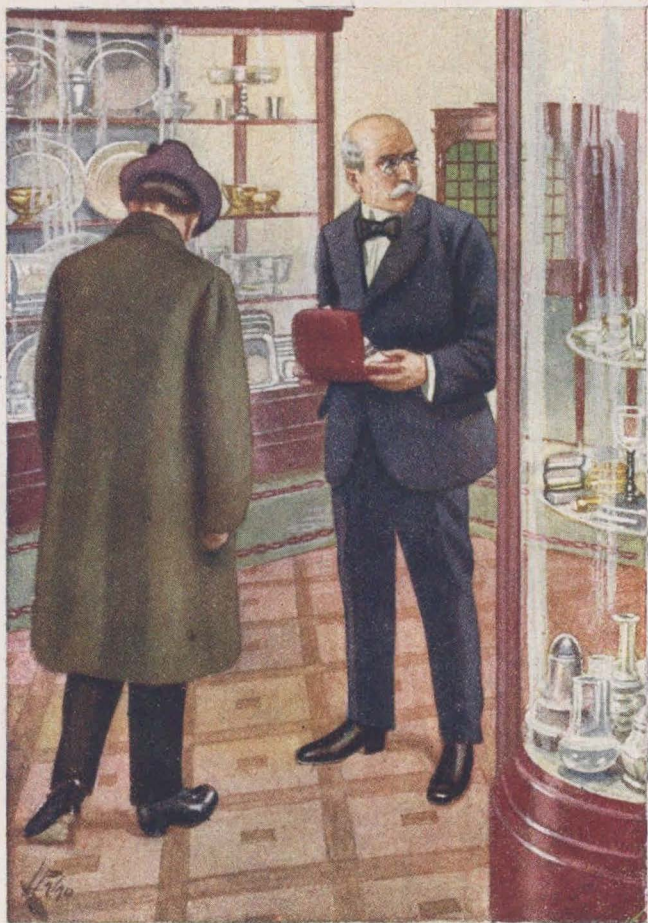
—Esa es la verdad. Me pica la curiosidad por saber en qué paró la vida de esos dos desdichados.

—Pues sigo mi narración.

El bueno de Félix, nuestro gran don Félix, tomó la lección que le diera la dama aquella, plantándole en la calle como tuvo bien merecido. Desde aquel día, Félix se aplicó a estudiar eso que se llama trato social o «mundología». Aprendió, en suma, a ser un distinguido sinvergüenza.

Los sinvergüenzas distinguidos son más temibles que los rateros y carteristas declarados, porque éstos nos roban el dinero solamente, y los otros, los elegantes, nos roban, además del dinero, la felicidad y el honor.

Félix desechó aquella ropa del sastre de pueblo, se hizo *dandy* y *sportman*;



...mirando, con mal disimulado sobresalto... (Pág. 46.)

El caso era que él debía regalarla alguna cosa y, como carecía ya de fondos, andaba preocupado. ¿Cómo se haría él con una sortija o con una pulsera que ofrecer a su novia?

El demonio, que siempre facilita la condenación de aquellos cuyas almas ha tomado por su cuenta, le puso en las manos un anillo con un hermosísimo brillante cuando menos él lo esperaba.

Sucedió que Félix andaba devanándose los sesos una tarde, por cierto paseo de las afueras de Madrid, cuando vió que un mendigo hacía, con grandes aspavientos, detenerse el automóvil en que venía un respetable señor.

Félix, cazador de ocasiones, se acercó sin ser visto, y, oculto tras unos árboles, quiso oír y oyó lo que dijeron.

Del automóvil descendió un caballero elegante que increpó al pordiosero:

—¿Qué quiere usted, hombre de Dios?
¿Por qué me detiene?

—Señor—dijo el pobre—, acabo de encontrar en la cuneta de la carretera esta sortija. Parece buena, aunque yo no en-



Ahora, correctísimamente vestido, era recibido
en todas partes... (Pág. 49)

tiendo de eso, que nunca tuve anillos con cristal ni sin cristal; pero éste brilla como esos que suele haber en los escapara-tes... Le detuve, señor, por si la hubiese perdido usted.

El caballero tomó de manos del mendigo una sortija de gran valor.

—No; mía no es. Debe usted llevarla a la Alcaldía o a la Dirección de Seguridad. Le darán una gratificación. Pero— reparó el caballero en el pelaje del mendigo, todo derrotado y sucio—, pero usted no tendrá de presente ningún dinero.

—Pido limosna, señor, y hoy... no he comido.

—¡ Ah! Es usted un hombre honrado. Pues, para que no caiga en la tentación de malvender esa alhaja, para que, como buen cristiano y buen ciudadano, cumpla con su deber, tome estos cinco duros.

Le dió cinco duros y le devolvió la sortija, explicándole cómo debía proceder llevándola a la autoridad para que ésta anunciase la pérdida y restituyese a su dueño la joya.

Félix, que había oído esta conversa-



El caballero tomó de manos del mendigo una sortija de gran valor. (Pág. 52.)

ción, siguió al mendigo y, después de pasado un buen rato, se adelantó a él y poniéndose como a buscar y fingiendo hallarse muy triste y angustiado, esperó a que llegase el portador de la sortija.

—Buen hombre— le dijo —, ayúdeme usted a buscar por aquí una sortija que he perdido y le daré, si la encontramos, una buena propina. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué disgusto tengo! ¡Además de que valía algo, aunque no mucho, porque la piedra es falsa, se trata de una sortija que fué de mi madre!...

El pordiosero cayó en el engaño.

—No se apure el señorito—exclamó—. Vea si es ésta la sortija que ha perdido. Félix la cogió en seguida.

—¡La misma! ¡La misma! ¡Ésta es!

—¡Cuánto me alegro! —decía el mendigo.

Félix le dió dos duros de gratificación.

Y ahí tiene usted, señora, cómo por diez pesetas adquirió Félix, robó, hablando claro, un brillante que vale diez mil.

VIII

Félix regaló a Alicia aquel anillo, cuyo valor acabó con los escrúpulos del padre de ella, hombre de pocos alcances, como le habrá hecho a usted comprender la educación que daba a su hija.

En seguida Félix, ya novio oficial, acudió a esos usureros infames que facilitan dinero a los prometidos de jóvenes ricas, y de este modo pudo nuestro gran don Félix sostener el lujo necesario para representar hasta el final su comedia.

Cuando llegó el día del matrimonio, debía Félix ya considerables cantidades y, además, su alma al diablo.

Pero el día de la boda ocurrió algo que vale la pena de ser contado y que tiene importancia para que usted vea hasta qué horribles crímenes se llega empezando por poco.

Ello fué que Alicia y su padre tomaron a Félix por un potentado, y para no desmerecer, llevada Alicia del pecado de

la vanidad, que fué su mayor pecado, hizo a su padre gastar sin tino.

Y así como Félix pensaba :

—¡ Bah, mi novia es rica !

El padre de Alicia pensaba a su vez :

—¡ Bah ! mi futuro yerno es millonario.

El padre de Alicia, pues, gastó con exceso y tuvo que acudir al préstamo, cegado por los locos caprichos de su hija.

De este modo, cada uno por su lado, preparaban la catástrofe.

En esta situación, llegó el día del casamiento. Félix empleó sus últimas pesetas en el coche que le condujo a la ceremonia. El padre de Alicia firmó un pagaré más para los gastos del espléndido convite.

Alicia vestía el consabido traje blanco, con su gran velo flotante y sus flores de azahar. Estaba Alicia muy guapa. Un poco cursi, es verdad, que el traje de desposada se lo hizo de un raso rameado que se tenía de pie y el velo era más largo de lo debido. Pero a Alicia le gustaban las cosas así : aparatosas, fastuosas.

Se celebró el desposorio y desde la igle-

sia volvieron a la casa de la novia los recién casados y toda la comitiva.

Alicia lucía el anillo con un soberbio brillante, regalo de su novio.

Vea usted, señora, qué escena más cómica y más triste vino después.

Uno de los testigos de la boda, fijándose en la mano de Alicia, le dijo :

—¡ Preciosa sortija ; tiene unas luces maravillosas ! ¿ Me permite usted verla de cerca ?

Alicia, muy ufana, alzó su mano haciendo centellear los cambiantes de la luminosa piedra.

—¡ Oh, oh ! — exclamó entonces el caballero—. ¡ Esta sortija es mía ! ¡ Esta sortija me fué robada ! El ladrón, perseguido por la policía, la arrojó en el camino. Lo confesó, apenas preso, y cuando los guardias volvieron al lugar, un mendigo les dijo que él había hallado la sortija, entregándola a un caballero joven que dijo ser su dueño. ¡ Esta sortija es mía ! ¡ Lo puedo probar !

Alicia, dando un grito, se cubrió ins-

tintivamente la mano que la fatal joya adornaba.

—¡ No la oculte!—levantaba la voz el robado—. ¡ No la guarde! ¡ Es mía!

Félix comprendió que todas sus mentiras, sus falsedades y villanías iban a ser descubiertas, y en un arranque de desesperación quiso jugarse el todo por el todo.

—¡ Miente usted!—profirió, lívido.

—¡ No miento!

—¡ Sí!... ¡ Miente usted!

En la cara del caballero aquél, legítimo dueño de la sortija, restalló una ignominiosa bofetada...

Ya sabe usted, señora, lo que sucede cuando entre gentes de buen tono se llega a estas violencias. Lo natural sería que, descubierto el tramposo y embustero, se le entregase a la justicia; pero esto, que parece tan lógico, no es lo que pasa.

La señora se levantó.

—La historia—dijo—es interesante, pero no la puedo oír hoy hasta su final. Es la hora del almuerzo y no quiero hacerme esperar en casa. Otro día vendré, y si, co-



...se cubrió instintivamente la mano que la fatal
joya adornaba. (Pág. 57.)

mo hoy, le encuentro desocupado, me dirá lo que falta.

—Le ruego a usted—contestó el joyero—que me fije ese día.

—¿Qué más da? Usted me hablaba y yo le oía porque no teníamos cosa mejor que hacer, por pasar el rato.

—Sin duda, eso es verdad—repuso el joyero titubeando, azorado—, pero, ¿qué quiere usted? Ahora las cosas han tomado un giro inesperado; ahora es preciso que usted me diga, con toda seguridad, qué día ha de venir a oír el desenlace de la historia de Félix y de Alicia.

—¡Es curioso su interés! Le daré gusto. Tengo toda la semana ocupada. De hoy en ocho días, aquí estaré.

—He de agradecerle que no lo olvide.

IX

Apenas la elegante señora salió del establecimiento, el joyero guardó en uno de sus bolsillos el collar de perlas que le entregara el joven desconocido.

El tal collar le presentaba un caso de conciencia que merecía ser consultado con el confesor.

El joyero conocía el collar y sabía perfectamente a quién se lo había vendido. En esta situación, creyérase lo más sencillo devolver la joya a su dueño. Ahora bien : ¿ no sería eso descubrir al que la robó ? ¿ Estaba eso dentro de las facultades del joyero ? ¿ No podía ser él el causante involuntario de algún gran disgusto, de una desgracia tal vez ?...

Cuando se nos presentan estos problemas morales, lo más derecho es oír a nuestro confesor, y eso, con muy buen juicio, fué lo que hizo el joyero.

El confesor del joyero era un sacerdote venerable y sensato, dechado de bondades. No había pena que él no compartiese ni desgracia que no remediase.

Principalmente le gustaba a don Ambrosio—así se llamaba el confesor—socorrer a esa clase de pobres que se llaman vergonzantes, porque tienen vergüenza de pedir, y suelen dejarse morir de hambre dignamente.

Una viejecita, venida a menos, muy devota, y que en su juventud fué rica, era una de sus favorecidas. Al salir de decir misa, todos los días, la socorría generosamente.

A este bondadoso señor le propuso el joyero lo que sucedía, que no era sino lo que sigue.

El collar de perlas pertenecía a la señora marquesa de los Leones, quien no era otra sino la señora a quien el joyero contaba la historia de Alicia y de Félix, cuando entró en la joyería el joven desconocido.

Esta señora marquesa de los Leones tenía un hijo, a quien ella educó con demasiada libertad. Indudablemente el hijo de la marquesa jugó y perdió, y no teniendo con qué pagar, cometió la abominable locura de robar a su madre. No estribaba, pues, el problema en devolver su collar a la marquesa. Lo difícil eran dos cosas, a saber :

Evitar a la descuidada señora el disgusto y la vergüenza de ser madre de un ladrón.



Al salir de decir misa, todos los días, la socorría generosamente. (Pág. 62.)

Y evitar que el hijo siguiese aquella senda de perdición...

Don Ambrosio, el sacerdote, se informó minuciosamente de los particulares del caso y reflexionó largamente.

No sabemos cuál fué el consejo que, después de bien meditado el caso, daría don Ambrosio al joyero. Es cosa que no hemos podido averiguar : pero, por lo que se irá viendo, no fué desatinado tal consejo.

El joyero lo siguió al pie de la letra, y a los pocos días volvió a casa del señor cura a comunicarle el resultado.

El señor cura, después de oírle lo que había hecho y cómo, le dijo :

—Está bien. Y ahora, mientras el hijo de la marquesa cumpla su palabra, a nadie revelemos este secreto.

X

La señora marquesa de los Leones no volvió, como había prometido, a los ocho días, a oír el final de la historia de Félix



Venía, como siempre, elegantísima. (Pág. 65.)



y Alicia. El joyero no la echó de menos ; que volviese o no volviese, no le interesaba ya. La buena obra estaba hecha.

Por fin, pasados algunos meses, la marquesa de los Leones se presentó en la joyería... Venía, como siempre, elegantísima y lucía en su garganta, el valioso collar. El joyero le dijo :

—¡Hola! Lleva usted hoy las perlas. En verdad, no he vendido hace tiempo otro collar de tanta estima.

—¡Calle usted, hombre!—dijo la marquesa—. ¡Buen susto me dió este dichoso collar! Lo traigo, pero es para venderse a usted porque quiero invertir su importe en una obra de beneficencia : lo donaré a un asilo.

—Pues, ¿qué ha ocurrido?

—Algo inexplicable en que ha intervenido la mano de Dios. Figúrese usted que una noche, al vestirme para ir al teatro, voy a ponerme este collar y... encuentro... que no lo encuentro. Busca aquí, busca allá... ¿Dónde lo habré puesto? ¿No parecía? Yo me juraría que la última vez que lo lucí, al volver a casa, lo dejé en una

de las gavetas de mi buró, ¡ y allí no estaba !

No puede usted imaginar el susto y el disgustazo que me llevé. No quise, por de pronto, descubrir la falta y promover un escándalo. Acaso — me dije — estoy ofuscada. A nadie comuniqué mi disgusto y fuí al teatro en el estado de ánimo que puede usted suponer. No oí la ópera, no atendí a las personas que fueron a saludarme al palco ni puedo recordar lo que me dijeron. Yo sólo pensaba en mi hermoso collar, que creía perdido.

Ahora imagine usted mi sorpresa, mi asombro a la mañana siguiente, cuando, al levantarme, me propongo revolver toda la casa buscando mi joya, y lo primero que hago, naturalmente, es registrar de nuevo las gavetas de mi buró.

—Y allí estaba el collar—dijo el joyero.

—¡ Allí estaba ! ¿ Qué le parece a usted ?

—Me parece muy bien. Es lo que yo había mandado... digo, es lo que yo me figuraba.

—Créame que no me explico lo que ha sucedido. Creo que alguien me robó el co-



...volvió a casa del señor cura a comunicarle
el resultado. (Pág. 64.)

llar y que, arrepentido después, volvió a ponerlo en su sitio. Si esto es así, se ha salvado un alma por un acto de contrición, y por eso he pensado venderle a usted la joya y destinar su valor a una obra de caridad.

—¡Muy bien! Es lo menos que puede usted hacer para contentar a Dios, marquesa.

XI

—Bueno—dijo ella—, ya que le he referido lo que sucedió con mi collar, acábeme aquella historia de Félix y Alicia.

—Con mucho gusto, señora. Quedábamos en que, al descubrirse en el convite de boda que el anillo lucido por la vanidosa Alicia era robado, hubo una escena violenta. Pues, como consecuencia de las bofetadas, vino lo que entre ciertos criminales de levita se llama un encuentro en el «terreno del honor».

El verdadero dueño del anillo era un buen hombre, un padre de familia, hon-

rado y trabajador que, ocupado en ganar su vida, no tuvo tiempo de aprender el manejo de las armas. Félix, en cambio, era un matachín. Adivine usted el resultado : Félix clavó a su contrario la espada en el corazón.

—¡ Qué horror !...

—Sí, señora. Tras el robo el asesinato.

XII

Un matrimonio que se hace con mutuos engaños entre una frívola mal educada y un caballero de industria, y que empieza así, por un crimen, ¿ puede acabar bien ?

A los pocos meses de casados, los acreedores de Félix llevaron a la Justicia sus reclamaciones : empezaron los embargos. Los acreedores del padre de Alicia, temerosos de no cobrar, porque no hay nada tan escandaloso como la ruina, entablaron también pleitos y, como en un incendio, la hacienda de Alicia ardió en manos de los curiales. El padre de ella,

no pudiendo soportar tanto disgusto, murió. Otra víctima.

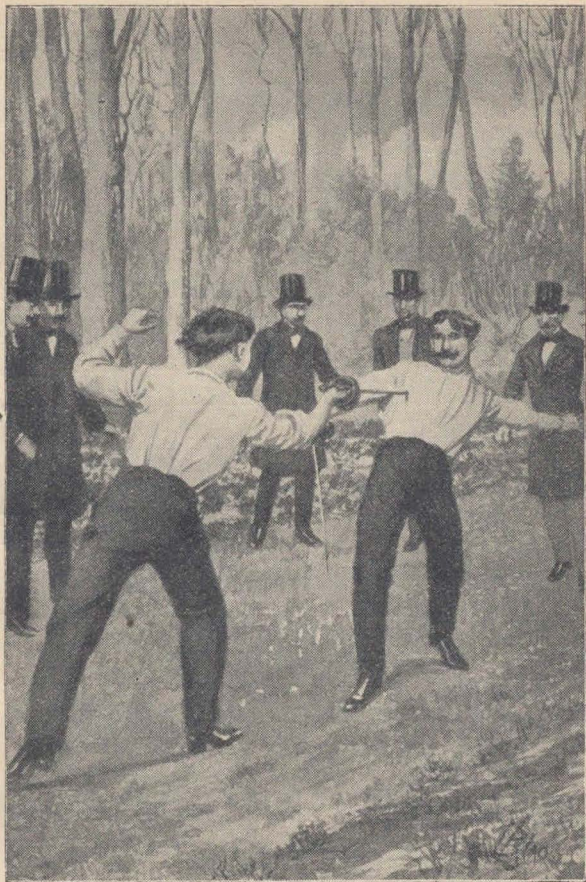
Antes de pasar un año desde la boda, Félix y Alicia, reducidos a extrema pobreza, vivían en un miserable sotabanco. Su cama era de hierro con los remates torcidos y la pintura desconchada; unas toscas sillas y una mesa de pino era todo su ajuar.

Alicia, la elegante Alicia de otros tiempos, todavía era pretenciosa en el vestir; pero se veía ya forzada a defenderse del frío con un pobre mantón, como una obrera.

Una mañana llegó el caso de no tener un céntimo con que comprar pan. Como Félix no quiso nunca aprender a trabajar, y ella, por su parte, no sabía hacer cosa de provecho, he aquí dos jóvenes incapaces de ganarse el sustento honradamente.

Y como donde no hay harina todo es mohina, riñeron.

—¿Por qué me fiaría yo de ti, que eras un tramposo embustero?...



Félix clavó a su contrario la espada en el corazón. (Pág. 69.)

—¿Y quién me mandó a mí casarme con una coqueta despilfarradora?...

Se insultaron. Después quedaron en silencio, con el gesto iracundo, dedicándose interiormente mutuos reproches.

Alicia pensaba :

¿Por qué mi padre, puesto que pudo, no me haría educar en un buen colegio? Yo no me hubiese dejado alucinar por las farándulas de este hombre. En todo caso, hubiese oído el consejo de mis profesoras, de mi director espiritual...

Y pensaba Félix :

¿Por qué mis padres no me obligaron a trabajar? ¿Por qué me dejaron que fuese un holgazán sin pudor ni escrúpulos?

En sus conciencias, mordía cruelmente el arrepentimiento tardío.

Recuerde usted, señora, que le dije cómo, cuando esto sucedió, tenía yo casa de empeño. El anillo famoso había sido empeñado en mi casa.

Cuando ya iba a vencer el empeño, la propia Alicia vino a mi tienda y me contó todo lo que acabó yo de referir a usted. Y, además, me pidió un favor :



En sus conciencias, mordia cruelmente el arrepentimiento tardío. (Pág. 72.)

Quería devolver a sus dueños, los hijos de aquel a quien mató su marido en duelo, la sortija, mas como no tenía dinero para desempeñarla, me rogaba que, aunque el préstamo venciese, la conservase.

—Nos proponemos, mi marido y yo, volver a la vida honrada y trabajar. Ahorraremos para rescatar esa alhaja...

Le ofrecí lo que me pedía. Supe que Félix y Alicia vivieron en Madrid algunos años más, miserablemente, sin conseguir redimirse de la pobreza, porque ninguno de los dos tenía el valor de aceptar oficios humildes, aquí, donde tanta gente los conocía.

Tuvieron un hijo... Al anochecer, con un velo sobre la cara, Alicia llegó a pedir limosna, y personas orgullosas y sin corazón, la arrojaron, como ella hizo arrojar a la hortelana...

—¡Qué pena, Dios mío!

—En fin, señora—acababa el joyero—, cansados ambos de luchar con la adversidad, emigraron. Pobres, tristes, con un hijito al lado y llevando ellos mismos su



...una mañana embarcaron en un vapor que los
llevó a América... (Pág. 76.)

mísero equipaje, una mañana embarcaron en un vapor que los llevó a América, donde quiera Dios que se hayan apaciguado las tormentas de su alma y hagan fortuna.

Yo les espero y conservo el anillo por si vuelven, o por si puedo averiguar quiénes son sus dueños...

XIII

—¡Qué triste es la historia esa!

—Mucho, señora marquesa.

—Todo a causa de la mala educación. Yo tiemblo. Yo, señor joyero, tengo un hijo a quien también he dado demasiada libertad.

—¿Y es bueno su hijo de usted?—preguntó el joyero interesadísimo.

—Antes no lo era. Desde hace tiempo, lo es. Un día, precisamente unos días después de aquello del collar de perlas que le he contado, mi hijo cambió radicalmente de conducta. Ahora estudia, es humilde, nada le puedo reprochar. ¡Pa-

rece mentira! ¿Quién le habrá tocado en el corazón?

—Dios, señora.

—¿Qué habrá sucedido para que así se modifique?

—¡Vaya usted a saber!—dijo el joyero sonriendo.

—Bueno, es tarde. Me voy. Ya le diré a qué asilo debe usted enviar el valor de mi collar. Ahí se lo dejo.

—Vaya usted con Dios, señora marquesa. Y que Él siga iluminando a su hijo de usted...

FIN



Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.